

Anna Caballé

El soñador de refugios

La cara B de los ochenta

hermano, na *m.-f.* brother, sister: ~ or *hermana carnal*, full brother or sister; ~ or *hermana de leche*, foster brother, foster sister; ~, or *hermana, de madre or de padre*, half brother by the same mother or father; ~ *político, hermana política*, brother-in-law.



ANNA CABALLÉ

El soñador de refugios

La cara B de los ochenta

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2026

© Anna Caballé, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14711-2026
ISBN: 979-13-88019-95-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mi hermano Carlos, in memoriam
(1959-1993)

*A tantas mujeres y hombres cuya labor
consiste en ayudar a los demás*

PRIMERA PARTE

*Los autobuses circulan entre el tráfico
y los ochenta atacan por primera vez.
Nosotros, con nuevos vicios, con siglas nuevas
y nuevos métodos de perfeccionamiento vital.
Suero vicioso y suicida
cayendo desde la cama todo el día,
gota a gota.
El dulce y blanco veneno.
Morfina, heroína, mujeres,
café con coñac, cervezas,
tabaco rubio del mejor,
siempre lo mejor de todo lo dicho.
A misa los sábados
para contradecir a los que dicen
que Aquel vive.
Esto es la loca generación de los ochenta.
La de los poetas de chupa negra
y chapas en la solapa.
Droga y vicio a cada instante,
necesarios para salir de la cama,
imprescindibles para volver a ella.
Esto es, señoras y señores, en crudo,
la generación de los ochenta.
¿Seré yo el único exponente?*

I

Unos dos meses antes de morir, mi hermano me hizo saber que deseaba que yo me quedara con sus cuadernos y papeles. Años antes había confiado en mí para que le ayudara a abrirse camino en la poesía, pero yo, entonces, joven e inexperta en muchas cosas, no supe cómo hacerlo, no supe cómo ayudarle y pasó el tiempo. Es cierto que en los ochenta ya me dedicaba a la docencia de la literatura, leía mucho y daba clases en la universidad a jóvenes todavía más inexpertos que yo, pero eso era todo. Y además, vivía inmersa en mis propias preocupaciones, que cuando tienes veintiocho o treinta años constituyen un mundo entero en sí mismas. Carlos, en el invierno de 1993, se iba apagando sin remedio, a la vista de todos. Cuando murió, el 12 de abril de aquel año, su viuda consideró que después de todo lo que habían pasado juntos en el poco tiempo que duró su relación, aquellas libretas que Carlos había trasegado de un lugar a otro buscando siempre a través de la escritura la forma de poetizar el estruendo de su mundo interior le pertenecían. Me pareció lo más razonable, también lo más justo después de haber tenido la oportunidad de comprobar cómo L. amaba a Carlos y cómo lo había cuidado en las circunstancias más difíciles que se puedan imaginar. No se habló más y estuve muchos años sin saber nada de ella, preocupada, supongo, por reorganizar su vida de nuevo después de la devastación sufrida, como todos. Porque morir de sida a comienzos de los años noventa, como morir de lepra en los primeros siglos de nuestra era, significaba eso, la más pura imagen de la desolación vital, la

muerte civil, el rechazo absoluto. La gente se alejaba de los enfermos de sida como de unos apestados a los que había que mantener extramuros de la convivencia humana.

Años después me llamó L. para decirme que lo había pensado bien y que los cuadernos de Carlos estarían mejor en mis manos.* Al fin y al cabo ella no podía hacer nada por ellos y si él me los quería dejar era precisamente porque pensaba que yo sí. Mi hermano había mantenido su confianza en mí a pesar de las decepciones sufridas después de alguna gestión fallida, y ella quería respetar su voluntad. Lo cierto es que para entonces la memoria familiar de Carlos iba ya desdibujándose como un camino trazado sobre el agua, y si bien mis hijos han oído hablar de él, conocen algo de su historia y han visto alguna fotografía, su nombre siempre estuvo rodeado de un silencio doloroso y... anómalo. No es el único silencio familiar, aunque sí tal vez el más traumático, pero, en todo caso, el olvido de Carlos avanzaba entre las paredes de nuestra casa según la costumbre que tienen las cosas, que es la de ser olvidadas. Mi madre ni siquiera toleraba la mención de su nombre.

Me pregunto cómo debe pensarse la vida de alguien marcado desde muy pronto por su propio acabamiento, obsesionado con la presencia de la muerte desde que era un niño: «ahí [en la infancia] empecé a zarandear estrellas, cuando era de noche y veía la muerte», escribe en un poema titulado «Quizás esto se acaba». Basta con pensar en la luz de una estrella para darse cuenta de que su brillo corre paralelo a su consunción. Carlos, una estrella brillante y fugaz, sensible como pocas, consumiéndose rápidamente en un cielo difícil. ¿Qué tipo de vida cabe esperar de alguien capaz de convertir todo lo que le ocurre en dificultad y sufrimiento? Es como si Carlos hubiera permaneci-

* Los escritos de Carlos, un total de ochenta y seis cuadernos, de muy diversa factura, así como otros papeles, poemas sueltos y documentación personal, todo ello está depositado actualmente en la Unidad de Estudios Biográficos de la Universidad de Barcelona.

do a lo largo de su (corta) vida por debajo de sí mismo, de su potencial, dejando inexplorados una buena parte de sus dones, que nunca pudieron salir a la luz, no brillaron como él merecía. Creo que si no hubiera habido una fatalidad implacable y dolorosa en su carácter, se podía haber convertido en un músico o poeta apreciado y generoso. Lo que quiero decir es que por mucho tiempo yo no he sabido cómo pensar en mi hermano, no he sabido qué hacer con los centenares de poemas y los ochenta y seis cuadernos que dejó escritos, no atinaba con el espacio que había que darle al dolor que me producía su recuerdo. Para mí siempre será demasiado pronto hablar, escribir, pensar en todo lo sucedido. Y sin embargo, su trágica historia me ha acompañado, consciente yo de que tenía una deuda pendiente con él y con su escritura, ignorada por muchas razones en las que quiero pensar aquí. Aceptar que un ser al que amas muere antes de tiempo, aceptar que lo amaste torpe, incluso negligentemente, que podías haber hecho más por él... Recordarlo por entero, con todas sus contradicciones, sus mentiras, su buena voluntad, su finísimo sentido del humor, su manera de fumar o de coger un vaso largo, sus silencios, sus fugas, su forma de sonreír con los ojos tan bondadosamente, su carácter posesivo... Recuperar, en definitiva, una voz en el vacío de lo que fue y estuvo y ya no está. De modo que avanzo y retrocedo en mi idea de recuperar a mi hermano, como lo hacen las olas en la playa. ¿Hasta dónde puede llegar una ola en su embestida final? El proyecto de recuperar a mi hermano presenta también las cosas de otra manera: ¿por qué no dejar que el hilo familiar se pierda y las aguas del olvido sigan cubriendo los recuerdos que se mantienen vivos hasta la inundación definitiva? Nadie lo echaría de menos. El olvido es un espacio frío y deshabitado, ignorado por todos. Pero envejecer significa que valoramos más que nunca lo que amamos o hemos amado, es casi imposible resistirse a su llamada: perder el pasado es quedarse desnudo ante la muerte.

Yo fui a Ibiza en 1974, estudiaba Derecho (también Letras) y entonces había la costumbre en algunas facultades de celebrar el llamado «paso del ecuador» en tercer curso de carrera. Recuerdo el descubrimiento que supuso aquel viaje y la misteriosa seguridad que desprendían los hippies instalados en la isla, como si fueran los nuevos dueños del mundo por venir. Aquella pacífica convivencia que se percibía entre quienes habían iniciado un camino radical, de abandono de una vida que ellos habían conducido extramuros de la sociedad burguesa, era una promesa tremendamente inspiradora. Parecía posible vivir en comunidad, practicar el amor libre, ejercer la despreocupación por las normas sociales, dejarse llevar por la utopía de que otro mundo más solidario y espiritual avanzaba con fuerza. Sin duda el hippismo había cuajado, aunque en España era sólo conocido por minorías instaladas en Ibiza, en Formentera, en las Alpujarras... El acontecimiento musical que marcó los primeros setenta diría que fueron los tres días de amor y música que se vivieron en Woodstock, en agosto de 1969. Las imágenes del multitudinario festival organizado en los alrededores de una granja neoyorquina y capaz de reunir a los mejores músicos del mundo han quedado en la memoria colectiva. En Woodstock circularon las drogas asociadas a los hippies: la marihuana y sus derivados, así como el LSD. Ambas drogas tenían efectos expansionistas de la conciencia, eran estimulantes de la mente y de la comunión con el entorno, ya fuera natural, humano o espiritual. Pero aquel «sueño de felicidad» explotó con el macroconcierto de los

Rolling Stones, en Altamont (400.000 espectadores), en noviembre de aquel mismo año, cuando el propio servicio de seguridad contratado, un grupo de moteros violentos y *outsiders* denominados los Ángeles del Infierno, atiborrados de cerveza y con un historial delictivo que ponía los pelos de punta, desató el caos en medio de un desconcierto monumental. El resultado, cuatro muertos en dos o tres horas.

La cultura joven muy pronto se hizo urbana y cambió el día por la noche, el mugido de las vacas que rodeaban la granja de Bethel por los antros de la ciudad. La Velvet Underground ya había sacado un primer disco (*The Velvet Underground & Nico*) el año 67, con las canciones «Heroin» y «Waiting for My Man» —estoy esperando a mi hombre (el camello)—. En 1972, David Bowie producía el primer disco en solitario de Lou Reed, *Transformer*, que incluía la célebre «Walk on the Wild Side» con la invitación a explorar la cara más oscura de la vida. La música pop-rock de los sesenta había evolucionado y estalló en los años setenta en mil tendencias —sinfónico, progresivo, rock duro, heavy metal, rhythm & blues, free jazz...— hasta la sacudida universal que representó la llegada del punk inglés (Sex Pistols, The Clash...) y norteamericano (Patti Smith, Ramones...) en torno a 1976. El punk fue ya un movimiento plenamente antisistema (el primer disco de los Sex Pistols llevaba por título *Anarchy in the UK*) que acabó con el hippismo por su mayor carga política y su característica agresividad: *destroyer*, *suburbial*, integrado por jóvenes descreídos de clase obrera sin perspectivas de futuro que reaccionaban violentamente contra el *statu quo*, asegurando que, como dice la canción de los Sex Pistols, «no hay futuro / para ti». Y en este universo desesperanzado, la droga que se apoderó de la situación fue la heroína, con efectos completamente opuestos a los de las drogas consumidas por los hippies: la heroína potenciaba la introversión, el aislamiento, la autodestrucción, la insensibilidad hacia el entorno y la adicción. Una pulsión de muerte frente a la pulsión de vida que había dominado en los sesenta. De modo que el *caballo* empezó su cabalgada

destruictiva, quién sabe si promovido también por intereses políticos que vieron en la droga una forma de desactivar tanta rebeldía, convirtiendo a aquellos jóvenes idealistas y altaneros en meros consumidores de sustancias, espectadores pasivos y maltruchos de su propia vida.

Un año después de que apareciera en inglés el ensayo de Theodore Roszak *El nacimiento de una contracultura*, que dio nombre al malestar juvenil que se alzaba contra el pensamiento consumista y tecnocrático, morían Jimi Hendrix y Janis Joplin. Ambos habían participado en el festival de Woodstock, ambos morían meses después de una sobredosis de heroína. El primero tenía veinticuatro años, Joplin, veintisiete, y hablo de 1970 (el ensayo de Roszak lo publicaría en español Salvador Pániker en 1978). Es decir, que las primeras alertas se pusieron en marcha muy pronto. Pocos años después, Roger Waters, el bajista de Pink Floyd, musicalizaría la experiencia del alejamiento soñando con un muro que se interpusiera entre la banda musical y el público, entre el artista traumatizado y el mundo. El mundo ya no significaba nada.

Todos esos ambientes convivieron un tanto amontonados en España durante la Transición (la película *Woodstock* llegó a nuestro país en torno a 1977). Gran parte de la música laietana –Jaume Sisa, Pau Riba, Oriol Tramvia...– se gestó en torno a una sala de conciertos, Zeleste, concebida por Victor Jou (1973), tan mítica como lo pudo ser Rock-Ola en Madrid. La libertad moral, apenas entrevista antes de la muerte de Franco, la vivimos los jóvenes a voz en grito coreando la preciosa canción de Jarcha «Libertad sin ira» (1976) y exigiendo cambios políticos que llegarían necesariamente. Fueron años, en todo caso, que se prestaban a la conciencia festiva de vivir los nuevos tiempos como quien debe aprovecharse hasta el límite de una nueva religión –la del placer, el sexo, las drogas, la bohemia, la noche–. Centenares de miles de jóvenes en todo el mundo soñaban con lograr un camino más feliz para andar por la vida. La industria musical comprendió aquel anhelo y lo mo-

netizó: llegaba un nuevo reino, el de las discotecas. *Fiebre del sábado noche* es una película de 1977: los bailes de un advenedizo John Travolta estallando de satisfacción en la pista fueron el anticipo de lo que vendría. Se acabó la experimentación, sólo había que situarse en el centro de la pista y dejarse llevar por la música. Bailar «I Will Survive» como si no hubiera mañana. El deseo, tan bien filmado por Pedro Almodóvar, fue entonces como un campo de batalla al que nadie quería cerrar la puerta. A todo esto, la heroína empezó a hacer su trabajo de erosión en aquellos sueños juveniles de cambio y revolución, que cayeron en picado. Y los jóvenes se convirtieron en desertores de sí mismos.

Marx lo había expuesto con mucha precisión en su análisis de la subida al trono de Luis Bonaparte, sobrino de Napoleón, cuando señalaba que hay revoluciones atropelladas, sus gentes aparecen iluminadas por brillantes fuegos de artificio y el éxtasis se convierte en el fogoso espíritu de cada día, de cada instante. Pero... son revoluciones de muy corto recorrido porque en seguida llegan a su límite y lo que sigue entonces es una larga depresión. La depresión de los ochenta fue larguísima, o al menos yo la recuerdo así, sórdida e inacabable, con una larga hilera de jinetes muertos por culpa del *caballo*. No hubo tiempo para asimilar serenamente los resultados del rechazo visceral al mundo de los adultos, porque todo se estaba descubriendo al tiempo que se desmoronaba. Los sueños quedaron atrapados en cualquiera de los matices negros del malditismo. Porque el espejismo de la cultura *underground* pasó a ser eso, un espejismo y una maldición.

Volviendo a la historia que quiero contar aquí, acepté el ofrecimiento que me había hecho L. de recuperar los cuadernos de Carlos y una mañana temprano cogí el coche y conduje hasta Lleida para recoger las cajas que ya me tenía preparadas. Pasamos el día juntas recordando a mi hermano. Sin embargo, aproveché la conversación para desengañarla. Yo no tenía nada claro que pudiera hacer algo con aquellos cuadernos. L. me miró sorprendida, cómo podía decir eso cuando tenía contactos editoriales, yo misma había escrito y publicado algunos libros y además me dedicaba a los estudios biográficos. ¿Qué más hacía falta para hacer algo por él? Todo eso que dijo era cierto, pero también lo era que yo no he empezado a pensar realmente en mi pasado familiar hasta muy tarde en mi vida; ha ocupado un rincón de la mente donde creció una callosidad que se mantenía inmune al paso del tiempo. Me faltaron siempre palabras que fueran tal vez lo bastante graves para verbalizar ciertas experiencias vividas en la infancia cuyo peso no disminuye a pesar de los años. El peso no ha disminuido, no, pero permanece quieto y encallecido en algún lugar, muy adentro. Mi actitud durante años fue la de centrarme en el sentimiento imperioso de resolver los desafíos que se le plantean a cualquier joven deseosa de alcanzar su autonomía, de desarrollar sus intereses y sentir todo eso con la fiebre de quien lucha a muerte por la vida; el apremio de experimentar nuevas sensaciones, de conocer otros mundos, de ser, en definitiva. De joven no me quedaba tiempo libre para dejarme llevar, siquiera

momentáneamente, por el pasado, por los recuerdos, más bien deseaba alejarme de ellos lo antes posible, entregándome a las vivencias de otras vidas en busca de algún patrón que hiciera más comprensible el dolor de la mía. El futuro no estaba ni podía estar en el pasado. De modo que durante muchos años no tuve mucho tiempo para Carlos, porque él formaba parte del pasado, de aquella infancia nuestra, de un recuerdo familiar del que, como digo, me cuesta tanto hablar, y todavía más escribir sobre él, escribirlo. El lenguaje reviste la experiencia dándole un contorno exacto, pero ese contorno había huido de mí hasta ahora, cuando aquellos primeros años me brotan de todos los poros de la piel y horadan el callo de la mente con su melancolía: ¿se pudo hacer todo un poco mejor? Quiero responder a esta pregunta imposible. Es la primera vez que lo intento. En mi mundo familiar más directo están mis hijos, claro, pero en la historia que se va a contar aquí ellos no están, no pueden estar porque no habían nacido. Es una historia muy anterior a ellos, es la historia de Carlos, la mía, la de mis hermanos, algunos fallecidos, otros no. Una historia difícil, como tantas otras, tal vez como casi todas las historias familiares, no lo sé. En todo caso, no supe qué hacer con ella hasta ahora. Tampoco lo supo Carlos, por más que lo intentara escribiendo en sus cuadernos con la misma fiebre que yo sentía por hacerme con una vida mía y alejarme de él y de sus problemas. Ahora también yo voy a intentarlo, querido hermano. Lo hago por primera y única vez. No habrá más intentos después de este.

Así que volví de Lleida, llegué a mi despacho en la universidad casi de noche con las cajas de zapatos, no recuerdo cuántas, unas diez, doce, quince, conteniendo sus cuadernos y algunas cosas más. Tuve que ir un par de veces al coche. Estoy acostumbrada a tratar con documentaciones personales. Es mi mundo desde que empecé a interesarme por la autobiografía. De algún modo he logrado hablar de mí misma y del dolor de la vida sin decir apenas nada que fuera muy personal. En

todo caso, son documentaciones cuyo contenido no me pertenece. Esta vez, sin embargo, con las cajas que me eran devueltas por L. era distinto. No se trataba de unas cajas con papeles que habían pertenecido a alguien relativamente desconocido y al que yo deseaba acercarme para comprender, sino que eran mías, me pertenecían y hablaban de mí, porque contenían también parte de mi pasado, recuerdos a los que, por cobardía o por la callosidad que se había impuesto con los años, no había vuelto, allí no iba a encontrar ningún sol que pudiera calentarme. ¿Iba a tratar aquellas cajas como un legado más? Por supuesto que no. No hice nada. Las cajas quedaron depositadas en lo más alto de una estantería de la Unidad de Estudios Biográficos, el centro de investigación que fundé con la ayuda del Estado después de acabar la tesis, en 1987. El objetivo de la Unidad era, y sigue siendo, proteger la memoria del pasado del desinterés y la destrucción tejiendo en torno a ella un aparato crítico que la legitimara. Pero todo eso no servía para mi hermano, hubiera sido como aprovecharme de una situación que no estaba pensada para él, y las cajas con los cuadernos de Carlos quedaron sin abrir. Tranquilicé mi conciencia diciéndome que tenía mucho trabajo entre manos y abrirlas y empezar a leer suponía recordar, remover, descubrir cosas para las que en aquel momento no tenía tiempo; había que abrirse a sentimientos sepultados y yo tenía otras obligaciones mucho más urgentes que atender. Eso me dije. Con parte de razón: entonces estaba empezando la biografía de Concepción Arenal por encargo de la Fundación Juan March, aparte de los hijos, la familia, las clases, las conferencias, los artículos, los viajes... ¿Estaba dispuesta a dejar las tareas más apremiantes de lado, olvidarme de todo para ir en busca de mi hermano? Por supuesto que no, y las cajas quedaron allí, silenciosas y disciplinadas. En cualquier otra situación las hubiera abierto con avidez al día siguiente, hubiera examinado el contenido de aquellos cuadernos como si me fuera la vida en ello y lo habría comentado con mis

colaboradores. Esta vez no llevé a cabo nada de todo esto. Sabía lo que había en aquellos cuadernos, mucho dolor y una infancia triste.

Todo eso hasta hace unos meses, ocho años después, cuando una llamada del editor Manuel Guedán invitándome a escribir un «episodio nacional» para la colección galdosiana que tiene Lengua de Trapo –«puedes escribir sobre lo que quieras»– me hizo recordar lo que tenía pendiente, aunque no le concreté nada, por el momento. Lo cierto es que después no pudo ser con Lengua de Trapo, pero quiero dejar constancia de que ellos fueron quienes tiraron del hilo. A los pocos días de la conversación con Guedán, leyendo el último libro (entonces) de Manolo Calderón, *Descampados*, me sobresalté al encontrarme, casi al final de su crónica autobiográfica, con una referencia a mi hermano. Con Carlos, decía, había pasado la tarde más triste de su vida, sentados ambos en un bar de la avenida Meridiana. Mi hermano con la pena pegada en el alma: «Carlos estaba muy mal, su tristeza era absoluta, no sé cómo lo pude soportar», me diría Manolo después. De modo que en unos pocos días dos cosas muy distintas y que nada tenían que ver la una con la otra me lo habían recordado intensamente y me pareció oír la voz de mi hermano diciéndome: «No puedes esperar más, Nani». En efecto, porque acababa de jubilarme y ni mis hijos queridos ni las clases eran ya una excusa para seguir hurtándome a un recuerdo tan hondo que por poco podía quedar definitivamente sepultado por paletadas de olvido. Diría que las coincidencias de las que hablo no tienen nada que ver con el pensamiento mágico, pero tal vez sí y bastó la contigüidad de dos hechos anecdóticos para que la llamada de mi hermano se impusiera con la fuerza de la sangre. De modo que me decidí a traer el recuerdo de Carlos hasta mí, como dice Carlos Castilla del Pino que se obra con los recuerdos –tiramos de ellos hacia nuestro presente cuando los necesitamos– y ver qué pasaba con las cajas. Por primera vez las páginas que siguen no habrán

requerido apenas de entrevistas, ni de la consulta de archivos o bibliotecas, ni de autorizaciones a terceros. Estoy yo y está Carlos. E inevitablemente las dos personas que arrasaron en su día nuestro pequeño mundo: mis padres.